

Rompejuramentos

JAVIER GONZÁLEZ ALCÁZAR



Atlantis Ediciones
Narrative Books

PRÓLOGO

En un tiempo lejano, cuando el reino aún tenía un soberano, hubo un paladín cuyo nombre se ha perdido en las sombras de la historia. Este paladín, ahora recordado solo como «El Caído», fue una vez un héroe venerado, elegido por su valentía para custodiar el trono vacío y mantener la paz a través de los siete juramentos sagrados. Sin embargo, su ambición y orgullo lo llevaron por un camino oscuro, convirtiéndose en una advertencia eterna para todos aquellos que osaran romper su honor y su palabra.

El Caído, en su juventud, fue elegido como paladín tras superar las pruebas, además de por su lealtad hacia el reino, pero a medida que los años pasaban, el peso de los juramentos comenzó a asfixiarlo. La tentación de poder y libertad se convirtió en una sombra constante en su mente.

En una noche sin luna, El Caído rompió el juramento de **lealtad**. Abandonó el reino en busca de aventuras y riquezas, dejando atrás las tierras que había jurado proteger. Al hacerlo, su presencia, que antes era honorable, se desvaneció. Se convirtió en una figura errante, incapaz de encontrar descanso o paz, siempre huyendo de su propia traición.

Y así, la leyenda advierte:

«Aquel que rompa su palabra, su alma verá condenada».

En busca de riquezas, usó su fuerza con fines egoístas para derrumbar una montaña y así extraer riquezas, rompiendo el juramento de **poder**. Sus músculos se desvanecieron, lo que le convirtió en un ser débil, incapaz de defenderse de los peligros que lo acechaban.

Cuando en su camino encontró a una familia que era atacada por bandidos, rompió el juramento de **protección**. Abandonó a los inocentes que había jurado proteger, y en ese momento, se volvió vulnerable a todo daño hasta que no quedó nada de él salvo una sombra de lo que una vez fue.

Y así, la leyenda advierte:

«Aquel que rompa su palabra, su alma verá condenada».

En su errancia, conoció a una joven de puras intenciones que se enamoró de él. Pero ya estaba corrupto por la ambición y rompió el juramento de **amor**. Al hacerlo, perdió la capacidad de sentir; su corazón se convirtió en piedra, y sus palabras, que antes traían calma y sosiego, se volvieron frías y vacías.

El Caído buscó el consejo de un sabio anciano, quien le preguntó cómo había obtenido tal terrible destino, pero él le mintió inventando una historia que lo dejase en mejor lugar. El paladín, cegado por su orgullo, rompió el juramento de **verdad**. Al mentir al anciano, perdió la habilidad de hablar. Su voz, que antes podía convencer a cualquiera, se desvaneció en un susurro inaudible.

Y así, la leyenda advierte:

«Aquel que rompa su palabra, su alma verá condenada».

Desesperado por encontrar una cura para su maldición, intercambió con un hombre de aspecto sospechoso secretos prohibidos del reino, lo que le hizo romper el juramento de **conocimiento**. Su mente se vació. Olvidó todo lo que había aprendido, cada recuerdo se desvaneció, dejándolo en un estado de perpetua confusión.

Sin voz y sin corazón, El Caído se dirigió a un antiguo templo, buscando romper el juramento de **vínculo** para intentar librarse de su pesar. Al hacerlo, perdió su forma humana, convirtiéndose en una sombra oscura y amorfa, incapaz de curar las heridas que antes podía sanar con un toque.

Y así, la leyenda advierte:

«Aquel que rompa su palabra, su alma verá condenada».

En las noches más oscuras, cuando el viento susurra entre los árboles y la luna desaparece del cielo, se dice que la sombra de El Caído aún vaga por el reino. Su figura errante es un recordatorio eterno de las consecuencias de romper los juramentos sagrados, y su historia se convierte en una lección de vida para cada nueva generación. Esta es la historia del Rompejuramentos.

CAPÍTULO I

Era una noche sin luna y llovía como si el mundo estuviera a punto de terminar.

El suelo de piedra gris que cubría el castillo resonaba de manera distinta bajo el ataque de la lluvia, en contraste con el barro de los caminos de tierra que conectaban las casas cercanas. Cuando el agua persistía, se formaban charcos que dificultaban el avance de la enorme figura encapuchada que caminaba en busca de una casa en particular. El goteo repicaba en su armadura y su aliento salía por su boca en forma de humo espeso, revelando a un hombre fornido, de considerable altura.

Adam agitó su enmarañada cabellera de color castaño rojizo mientras deambulaba por la casa, recitando algo ininteligible en susurros. Como su estatura aún distaba de iniciar la adolescencia, tenía que subirse al banco de madera que había bajo la ventana de la cocina para poder asomarse a la calle, buscando en la oscuridad algo que no lograba encontrar. Cuando cayó el primer rayo, bajó asustado del banco y se dirigió a la habitación de sus padres, pero no se atrevió a atravesar la puerta. En su lugar, se quedó parado, acercó la oreja a la puerta para intentar

adivinar si era un buen momento pero no escuchó más que su propia respiración.

El chirrido de las bisagras invitó a Adam a entrar y el crujido de sus pasos en la madera le acompañó hasta que estuvo junto a su madre, que estaba ajustando la quinta o sexta manta sobre el hombre que yacía tumbado bajo ellas. El padre de Adam tenía la piel amarilla, manchas oscuras que no auguraban nada bueno, la carne se le pegaba al hueso y su respiración era débil. A pesar de ser un hombre joven, tenía el aspecto de un anciano.

—No viene —pensó Adam en voz alta.

—Vendrá —respondió su madre con una expresión que reflejaba no creer sus propias palabras.

—¿Y si llega demasiado tarde? —preguntó el chico. Ella no quiso responder.

El padre de Adam, sin tener fuerzas suficientes para abrir los ojos, consiguió toser con un sonido que más parecía un último estertor.

—Ve por agua. Corre —le ordenó su madre sin mirarle, mientras le ponía un paño húmedo en la cabeza a su marido.

El chico corrió hasta alcanzar la estantería de los vasos de barro, arrastró un taburete cercano y se subió a él para coger el primero que tuvo a mano. De los nervios, se le resbaló de los dedos, estallando contra el suelo en varios pedazos. Soltó lo que a todas luces era un impropio pero, al hacerlo entre dientes para que su madre no lo escuchase, no se distinguió ni la lengua en la que maldijo. Agarró otro vaso y bajó de un salto, con tan mal equilibrio que la mano libre aterrizó sobre uno de los pedazos rotos, provocándole un pequeño corte que rápidamente comenzó a sangrar. Instintivamente chupó la herida mientras abría la puerta para recoger agua de lluvia en el recipiente, pero su mano chocó contra el metal.

La luz de un relámpago que todavía no había sonado iluminó la silueta de un hombre casi cuatro veces más grande que Adam. El chico deslizó la mirada de abajo a arriba, dejando su boca abrirse cada vez más. Sus ojos se encontraron con los del hombre, que

brillaban en la sombra en un perfecto círculo blanco rodeado de destellos negros, como el sol blanco de los cuentos que le contaba su madre. La figura movió la vista hacia la mano del chico, la cual levantó con apenas su dedo índice enguantado en un fino metal.

El pequeño, que no podía cerrar la boca de su asombro, vio cómo una tibia luz blanca iluminó su mano y curó el corte al instante.

—Gr... gracias —respondió sin pensar.

—¿Dónde está? —preguntó la figura con voz cavernosa.

Adam no pudo sino estirar el brazo señalando la habitación. La figura se retiró la empapada capucha dejando ver una piel oscura y una barba que rimaba tonos negruzcos con canas dispersas. Con cada uno de sus pasos, las tablas gemían pero no cedían; al contrario, es como si se pusieran firmes para rendirle homenaje convirtiendo su camino en una alfombra. Atravesó la estancia principal dejando que su capa llorase la lluvia acumulada sobre el suelo, puso su enorme mano en la puerta de la habitación con gentileza pero sin pedir permiso, y esta se abrió. El llanto de la madre de Adam se pudo oír dentro, seguido de unas palabras que apuntaban a súplica.

El chico se acercó a hurtadillas hasta la rendija que había quedado abierta, aún sin poder distinguir las palabras que se ocultaban dentro. Usando sólo uno de sus ojos pudo ver a la figura junto a la cama en la que reposaba su padre, parecía despojarse de un guante metálico y se lo cedió a la madre de Adam, que lo recogió extendiendo ambos brazos, con la cabeza gacha, en señal de absoluto servicio. La figura extendió la mano desnuda para ponerla sobre el torso del hombre, pero detectó por el rabillo del ojo que el joven de pelo rojizo estaba observando.

—Ven, chico —dijo la figura desde dentro.

Adam se calmó casi al instante y obedeció sin saber muy bien por qué. Quería complacer aquellas palabras como si hacerlo fuera su único propósito en la vida. Al entrar en la habitación, la mano que no descansaba sobre el torso de su padre estaba alargada

invitándole a acercarse. La figura puso la palma contra la espalda de Adam, ocupándola por completo (incluso se diría que sobraba falange de dedos como para estrecharlo si hubiese querido) y deslizándolo hacia la cama con cierta ternura.

—Pon tu mano bajo la mía —pidió la figura. Adam lo hizo dejando que su cuerpo actuase solo. Miró a la figura desconcertado, pues vio que aquellos ojos se habían entornado para dibujar arrugas de amabilidad.

—¿Notas su respiración?

Adam asintió.

—¿Notas cómo se apaga poco a poco?

Miró a su padre, provocando que cayesen un par de lágrimas. Una luz pálida salió de la mano de la figura, que se deslizó a través y en torno a la mano del chico hasta llegar al torso del padre. La respiración se normalizó mientras las manchas se movieron por la piel como si se buscasen unas a otras, aterrorizadas, buscando una salida. Al final, encontraron su vía de escape por la boca y salieron en un impulso en una forma difícil de definir en la oscuridad de la noche. Podría haberse dicho que era un Sombralas, ya que parecía una criatura voladora de afilados colmillos pero no ser de un tamaño mucho más grande que un zapato, cuando normalmente eran mucho mayores.

—Cierre la ventana, por favor —le ordenó la figura a la madre de Adam— y tú la puerta, chico.

Lo hicieron sin prisa ni sensación de peligro. La criatura revoloteaba por la habitación emitiendo un quejido agudo, incluso amargo, que daba ganas de arrugar la nariz y apretar los dientes. Se podía adivinar su posición más por ese sonido que por la vista, ya que se camuflaba perfectamente con las sombras.

La figura desenvainó una espada cuya hoja era más grande que el propio Adam, emitiendo un sonido metálico. Fue esgrimida con habilidad para cortar a la criatura por la mitad, cuyos pedazos se evaporaron en el aire, que casi no pudieron ver nada. Se envainó con la misma maestría.

—Le debo mi vida —dijo el padre de Adam, que trataba de incorporarse en la cama. Su esposa se lanzó a sus brazos dejando que la congoja saliera a borbotones.

—Solo cumplo con mis juramentos —respondió con un asentimiento que a la vez era una reverencia y una forma cortés de despedirse.

Mientras el padre de Adam ofrecía palabras de consuelo a su esposa, la figura abandonó la habitación agachando la cabeza para no darse con el marco de la puerta. Antes de llegar a la puerta de la entrada, se percató de que el chico le estaba siguiendo.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—La razón por la que no se debe salir de casa en noches sin luna, pequeño —respondió la figura sin dejar de mirar la puerta.

—¿Por qué usted sí puede? —apuntó con la típica impertinencia de un niño.

—Ya conoces la respuesta —dijo con una risa dibujada en la comisura. Se giró para mirarle—. Además, he podido contar con tu ayuda. Gracias.

El chico se miró la mano y pestañeó dos veces con fuerza.

—¿A usted le gusta ser paladín? —dijo con el ceño fruncido.

La figura sopesó un par de segundos la respuesta y se arrodilló frente al chico—. Me llamo Harland. ¿Y tú?

—Adam —dijo un poco avergonzado por tener al paladín del reino tan cerca.

—¿Sabes, Adam? Nunca me habían hecho esa pregunta. ¿Por qué quieres saberlo? —se interesó de verdad.

—No parece feliz —el pequeño casi se arrepintió de inmediato. Algo en su interior le decía que se había sobrepasado.

Harland le miró intentando ver más allá de lo que se veía a simple vista.

—Es una carga pesada, Adam, pero es un orgullo para mí defender el reino y ayudar a personas como tus padres —se decidió a contestar.

—No me ha respondido a la pregunta —replicó el chico.

—Yo creo que sí —sonrió por fin el paladín antes de incorporarse para agarrar el pomo de la puerta.

—Lo juro —dijo el muchacho a su espalda.

Harland no se movió.

—Usted ha salvado a mi padre. Un día me convertiré en paladín, llevaré su carga y usted podrá hacer lo que le haga feliz. Así le daré las gracias por lo que ha hecho —la voz del chico sonaba diferente.

—¿Lo juras? —preguntó Harland.

—«Aquel que rompa su palabra, su alma verá condenada» —recitó como respuesta.

Harland se marchó sin decir nada más. Volvió a su puesto dejando que la lluvia le mojase la cara mientras se perdía en sus pensamientos y sonrió como no recordaba haberlo hecho hacía años.